

Una vez, cuando faltaba poco para Navidad, un niño hizo su Nacimiento. Preparó las montañas de cartón piedra, el cielo de papel de seda, el laguito de cristal, el portal con la estrella encima. Colocó las figuritas con fantasía, llevándolas una por una desde la caja en las que las guardó el año anterior. Y tras haberlas colocado en sus sitios —los pastores y las ovejas sobre el musgo, los Reyes Magos en la montaña, la vieja castañera junto al sendero— le parecieron pocas. Quedaban demasiados espacios vacíos. ¿Qué hacer? Era demasiado tarde para salir a comprar otras figuritas y, además, tampoco tenía tanto dinero...

Mientras miraba alrededor, a ver si se le ocurría una idea, le saltó a los ojos otra gran caja, aquélla en la que había metido a descansar, de pensionistas, algunos juguetes viejos: por ejemplo, un piel roja de plástico, último superviviente de toda una tribu que marchaba al asalto de Fort Apache..., un pequeño aeroplano sin timón, con el aviador sentado en la carlinga..., una muñequita un poco «hippy» con la guitarra en bandolera; había llegado a casa por casualidad, dentro de la caja de detergente para la lavadora. Naturalmente nunca había jugado con ella, los varones no juegan con muñecas. Pero, mirándola bien, era verdaderamente mona.

El niño la depositó en el sendero del Nacimiento, junto a la viejecita de las castañas. Tomó también al piel roja, con el hacha de guerra en la mano, colocándolo al final del rebaño, junto a la cola de la última oveja. Por último, colgó de un hilo el aeroplano y su piloto, en un árbol de plástico bastante alto que en otros tiempos fue un árbol de Navidad, de esos que se compran en los grandes almacenes, y les encontró también un sitio sobre la montaña, no muy lejos de los Reyes Magos y sus camellos. Contempló satisfecho su trabajo, después se fue a la cama y se durmió en seguida.

Entonces se despertaron todas las figuritas del Nacimiento. El primero que abrió los ojos fue uno de los pastores. Notó en seguida que en el Belén había algo nuevo y diferente. Una novedad que no le hacía demasiada gracia. En realidad no le hacía ninguna gracia.

—Eh, ¿pero quién es ese tipejo que sigue a mi rebaño con un hacha en la mano? ¿Quién eres? ¿Qué quieres? Márchate en seguida si no quieres que te eche encima a los perros.

—Augh —hizo el piel roja por toda respuesta.

—¿Cómo has dicho? Oye, habla claro, ¿entiendes? O mejor, no digas nada y vete con tu hocico rojo a otra parte.

—Yo quedarme —dijo el piel roja, ¡augh!

—¿Y esa hacha? ¿Para qué la quieres? Anda, dímelo. ¿Es para acariciar a mis ovejas?

—Hacha ser para cortar leña. Noche fría, yo querer hacer fuego.

En ese momento también se despertó la castañera y vio a la chica con la guitarra en bandolera.

—Oye, muchacha, ¿qué clase de gaita es la tuya?

—No es una gaita, es una guitarra.

—No estoy ciega, veo muy bien que es una guitarra. ¿No sabes que sólo están permitidas las zambombas y las flautas?

—Pero mi guitarra tiene un sonido precioso. Escuche...

—Por caridad, para ya. ¿Estás loca? ¡Qué cosas! ¡Ah, la juventud de ahora! Escucha, lárgate antes de que te tire a la cara mis castañas. Y te advierto que queman, ya casi están asadas.

—Las castañas son ricas —dijo la chica.

—¿Encima te haces la graciosa? ¿Quieres quedarte con mis castañas? Entonces, además de una desvergonzada, eres también una ladrona. Ahora vas a ver... ¡Al ladrón! Quiero decir, ¡a la ladrona!

Pero no se oyó el grito de la viejecilla. El aviador había escogido precisamente ese momento para despertarse y poner en marcha el motor. Dio un par de vueltas sobre el Nacimiento, saludando a todos con la mano, y aterrizó junto al piel roja. Los pastores le rodearon amenazadoramente:

—¿Qué pretendes? ¿Asustar a las ovejas?

—¿Destruir el Belén con tus bombas?

—Pero si no llevo bombas —respondió el aviador—, este es un aparato de turismo. ¿Queréis dar una vuelta?

—Dátela tú, la vuelta: márchate bien lejos y no vuelvas a aparecer por aquí.

—Sí, sí —chilló la viejecita—, y que se marche también esta chica que quiere robarme

las castañas...

—Abuelita —dijo la chica—, no diga mentiras. Si quiere vendérmelas, yo le pago sus castañas.

—¡Echadlas, a ella y a su maldita guitarra!

—Y tú también, hocico rojo —continuó el pastor de antes—, regresa a tus praderas: entre nosotros no queremos merodeadores.

—Ni merodeadores ni guitarras —añadió la vieja.

—Guitarra ser instrumento muy hermoso —dijo el piel roja.

—¿Lo habéis oído? ¡Están de acuerdo!

—Abuelita —dijo el aviador—, ¿pero por qué chilla de esa forma? Lo que debería hacer es decirle a la señorita que nos tocara algo. La música tranquiliza.

—Acabemos de una vez —dijo el jefe de los pastores—, u os marcháis los tres por las buenas o vais a oír otra música.

—Yo estar aquí. He dicho.

—Y yo también estar aquí —dijo la muchacha—, como mi amigo Toro Sentado. Y yo también he dicho.

—Pues y yo —dijo el aviador—, he venido de lejos, figúrense si me quiero marchar. Vamos, chiquilla, adelante, a ver si tu guitarra calma a la compañía. ..

La chica no se lo hizo repetir y empezó a puntear las cuerdas...

Primer Final

Al primer acorde de la guitarra los pastores alzaron los bastones y silbaron a los perros.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera en seguida!

—¡Atrapa, Fido! ¡Muerde, Lupo!

—Vamos, muchachos: vamos a enviarlos a su país.

—Mejor los mandamos a la...

El piel roja, sin retroceder un paso, agitó su hacha de guerra.

—Yo estar preparado —dijo—, ¡Augh!

Pero el aviador no pensaba igual.

—¡Vamos!, no merece la pena hacer una carnicería. Salta al aparato, muchacha. Y también tú,

Toro Sentado, ven aquí. El motor está en marcha. ¿Estamos todos? ¡Nos marchamos!

El pequeño aparato despegó del Nacimiento con un zumbido y empezó a revolotear por la habitación.

—¿Dónde vamos? —preguntó la chica, apretando la guitarra contra el pecho por miedo a que el viento del vuelo se la arrebatase.

—Conozco una caja magnífica donde se estaba muy tranquilo.

—También yo la conozco.

—Yo también saber. ¡Augh!

—Entonces, ¡augh! ¡A la caja! Ahí abajo está, todavía está abierta, menos mal. Nos divertiremos por nuestra cuenta, lejos de esos ignorantes.

—¡Augh! —dijo otra vez el piel roja. Pero no parecía satisfecho del todo.

Segundo Final

Al primer acorde de la guitarra los pastores agitaron sus bastones amenazadoramente.

—Está bien, está bien —suspiró la chica—. No os gusta la guitarra. Ya veis, la hago pedazos. Pero, por favor, llamad a los perros antes de que me desgarren los pantalones.

—¡Muy bien, así se hace! —aprobó la viejecita de las castañas—. Ven, te daré unas castañas.

—Primero —dijo la chica— déme un poco de harina. Teñiremos de blanco a Toro Sentado, así los pastores ya no se pondrán nerviosos al mirarle.

—Buena idea —dijeron los pastores—. Pero ¿está hocico rojo de acuerdo?

—Augh —dijo el piel roja. Y se dejó teñir de blanco tranquilamente.

—¿Y el aeroplano? —preguntaron los pastores.

—¿Sabéis lo que vamos a hacer? —sugirió el aviador—. Le prenderemos fuego y así nos calentamos.

—También es una buena idea: además la noche es fría.

El fuego llevó por fin la paz al viejo Belén. Y los pastores bailaron la tarantella al son de sus flautas en torno al fuego.

Tercer Final

Al primer acorde de la guitarra los pastores hicieron ademán de lanzarse contra los tres recién llegados pero una voz autoritaria y severa les detuvo:

—¡Paz! ¡Paz!

—¿Quién ha hablado?

—Mirad, uno de los tres Reyes Magos ha abandonado la caravana y se acerca a nosotros. Majestad, ¡qué honor!

—Mi nombre es Gaspar, no Majestad. Majestad no es un nombre.

—Hola, Gaspar —dijo la chica de la guitarra.

—Buenas noches, hijita. He oído tu música. Bueno, no se oía gran cosa con todo ese barullo. Aunque he oído mejor música, la tuya no estaba mal.

—Gracias, Gaspar.

—¡Augh! —hizo el piel roja.

—Salud también a ti, Toro Sentado, o Águila Negra, o Nube Estruendosa, o como quiera que te llames. Y buenas noches a ti, piloto. Y a vosotros, pastores, y a ti, abuelita. Me ha llegado el perfume de tus castañas.

—Esta chica quería llevárselas...

—Vamos, vamos, te lo habrá parecido. No tiene aire de ladrona.

—¿Y este tipejo con el hacha? —gritaron los pastores—. Se nos presenta en el Nacimiento con ese hocico rojo.

—¿Habéis probado preguntarle por qué ha llegado hasta aquí?

—No hace falta preguntárselo. Está clarísimo: quería hacer estragos...

—Yo escuchar mensaje —dijo el piel roja—. Paz a los hombres de buena voluntad. Yo ser hombre de buena voluntad.

—¿Habéis oído? —dijo entonces Gaspar—. El mensaje es para todos: para los blancos y para los cobrizos, para los que van a pie y para los que van en aeroplano, para el que toca la zambomba y para el que toca la guitarra. Si odiáis a los que son distintos de vosotros es que no habéis entendido nada del mensaje.

Un largo silencio siguió a estas palabras. Luego se oyó a la viejecilla que murmuraba: —Eh, muchachita, ¿te gustan las castañas? Anda, toma, no te las vendo, te las regalo... Y usted, piloto, ¿quiere? Y usted, Toro Volador, perdone, no he entendido bien su nombre ¿le gustan las castañas?

—Augh —dijo el piel roja.